

almas; de modo al dar estos renglones a la publicidad habrá inoculados 15 000 habitantes. En Valencia y sus pueblos de la ribera las inoculaciones se llevó cabo; hoy, 25 de Junio, leemos que será perula en la desgraciada Murcia. Ahora bien: la enfermedad reinante en estos pueblos ¿es distinta la que reina en Valencia, Alicante, Castellón, Murcia, Toledo, Cuenca y otras localidades?... ¿las certificaciones facultativas declaran que todas ellas es el cólera morbo asiático?

¿Por qué á to no se les permite ó se les aconseja el procedente (ya que no antes), pero menos, al me indicio de la enfermedad? ¿De aquí que pregunamos nuevamente: La demorada lentitud ¿pudiera ser causa de trísticas consecuencias?

No terminamos estas líneas sin consignar antes que afortunadamente se va haciendo luz acerca de muchos puntos que extraviaban opinión, como acorda la noble protesta que los alcireños han dado la imprenta, poniendo relieve la conducta ineficaz seguida por el ridículo *La Correspondencia de Valencia*, de que es propietario el Sr. Perifencheta, corresponsal la vez de *La Correspondencia de España*.

El documento que nos referimos, noble por más de un concepto y que la falta de espacio nos impide reproducir íntegro, empieza así:

«La circunstancia de haber sido Alcira la blacion primera que, con imbecilidad de que hay otros ejemplos en la historia, sometió espontáneamente á los experimentos del Dr. Ferrán, ha creado entre esta ciudad y el insignificante rincón de confraternidad tan estrechos e inquebrantables, que bien cabe afirmar que la sola es nuestra gloria; que ídolos son nuestros deseos; que quien intente inferir agravios á nuestra dignidad, ofiende á la de Ferrán, y quien pretende hincar el venoso diente en la de éste, nos ultraja también á cuantos buenos hijos de Alcira nos premos, porque al tratar de la inoculación nos consideramos todos, nosotros él, una misma personalidad.

Mas ha alcanzado ya por desgracia u notoriedad funesta y deplorable en tocante á la cuestión Ferrán, la actitud resultantemente adoptada por *La Correspondencia de Valencia* y su insipido y propietario D. Francisco Perifencheta. Impulsos aquella y éste en extraños móviles, cuya explicación nos certamos y cuya calificación omitimos, no reparan en utilizar de continuo recursos mas variados y censurables para atentar á reputación justísima que, por sus nobles aspiraciones y sus positivos adelantos, se ha creado el eminente invento del preservativo anticolérico, según se conoce ya en todo el mundo civilizado.»

A continuación ocupa el demostrar una por una la falsedad de las aseveraciones hechas por dicho periódico en contra de la inoculación, y especialmente las que concierne á la dignidad del noble pueblo alcireño. Itarem solamente la refutación de dos hechos que indudablemente habrán extrañado á los que, al leer el periódico, se acordaron por la lectura de *La Correspondencia de España*. Dicese, refiriéndose al Sr. Perifencheta:

«En Valencia ofendieron gravemente á los socios del Ateneo

en un momento la atención pública.

La afluencia de curiosos es inmensa; la celebridad de esta causa ha llevado á la capital buen número de vecinos de los pueblos inmediatos, sobre todo de Malagon. Seguramente que muy contadas veces se ha visto más concurrida la Sala de la Audiencia, y estamos persuadidos de que á haber pensado celebrar la vista en local más espacioso, la concurrencia hubiera sido mayor, pues mucha gente se retiraba al ver que ni en las galerías que preceden al salon podían penetrar.

Ha contribuido á tan inusitada concurrencia la justa fama del letrado encargado de la acusación privada, el buen nombre que como Jurisconsulto y elocuente orador tiene D. Luis Felipe Aguilera. No obstante de que el acto estaba señalado para las once de la mañana, el Tribunal no se constituyó hasta las doce, habiendo, como era natural, por parte del público impaciente alguna que otra ruidosa manifestación de disgusto.

Llegó al fin (porque todo en este mundo tiene fin) el momento en que olvidáramos, unos lo que habian sufrido antes de entrar, otros al entrar, y los más despues de entrar, y este momento fue al principiar su informe el Sr. Aguilera; su mágica palabra, sus clarísimos conceptos, la persuasión que fluía del caudal de datos y pruebas que á nuestra vista, más que á nuestro oído, desplegaba, hizo que, olvidándonos de todo, sólo pensáramos en escuchar. En un brillante exordio, que sentimos no poder reproducir porque para ello fuera preciso que tuviéramos la sublime inspiración del orador, nos trasportó al tiempo y al espacio en que se verificó el terrible drama; desde este instante bien podemos decir que hemos sido mudos, pero sensibles espectadores de los antecedentes y resultancias del delito: tal fuerza descriptiva ha sabido dar á su oración el Sr. Aguilera.

Hemos asistido á la ligera disputa que por cuestión baladí tuvieron el interfecto y el agresor la tarde del 25; hemos oído las amenazas é insultos con que éste quedó apostrofando al primero cuando fueron separados; hemos visto en la mañana del 26 al Alcázar esperar haciendo la entretenida en el sitio por donde Salcedo solía ir á una posesion, y luego marchar en su seguimiento acortando cada vez más la distancia, hasta que, alcanzado, pudo inferirle en el costado derecho mortal puñalada. Veíamos también á aquel hombre, fuerte y robusto, superior al agresor, volverse sobrecogido por el ataque, recibiendo una segunda puñalada en el hombro izquierdo antes de arrojarle sobre él y, vencido, caer encima á tiempo que recibía una tercera puñalada en el muslo derecho.

Hemos asistido sobrecogidos, embargado el ánimo, palpitantes de emoción, á aquel crítico momento, á aquel terrible y conmovedor desenlace en que el herido, casi moribundo, se apiada de las súplicas, de los ruegos de su verdugo y, pudiendo matarle, pues que se encontraba sobre él y con medios para hacerlo, abandona el arma y dice: ame has

Rota la unidad nacional en la jornada del Guadalete el 12 de Noviembre de 711, y mientras las huestes agarenas se enseñoreaban del territorio español, un puñado de valientes se reconcentraba en las asperas montañas del Norte, dispuestos á firmar con su sangre las primeras páginas de la más gloriosa de las epopeyas que registra la historia, y cuyo aniversario fué el 25 de Junio.

Quejábanse en secreto los cristianos, pues sus hijos y mujeres, hechos esclavos, servían á la deshonestedad de los moros: todos los santuarios de España profanados, unos con el furor de la guerra quemados y abatidos, y otros despues de la victoria servían á la torpeza de la superstición mahometana.

Los españoles que deseaban sacudir este yugo nombraron por caudillo al infante Don Pelayo, reconocido de todos por su indomable valor y grandeza de ánimo; á muchos atemorizaba la magnitud del peligro que acometían con fuerzas tan flacas; pero lo que rehusaban de hacer por miedo, cierto accidente lo trocó en necesidad. Tenía Don Pelayo una hermana de edad muy florida y de hermosura extraordinaria. Deseaba grandemente Munuza, Gobernador de Gijon, casar con aquella doncella, y no teniendo esperanza alguna de que Don Pelayo asintiese á su petición, acordó, fingiéndole una gran amistad, enviarle á Córdoba á tratar ciertos negocios con el Capitan Tarif. Con la ausencia de Don Pelayo fácilmente logró satisfacer su torpe intento.

Vuelto el hermano de la embajada, y sabida su afrenta, parecióle que sería lo mejor, en tanto que se ofrecía alguna buena ocasión de vengarse, callar y disimular el dolor, y así, burlando un engaño con otro engaño, halló ocasión de recobrar á su hermana.

En el valle que hoy se llama Cangas, y entonces Canica, tocó tambor y levantó estandarte. Acudió de todas partes gente pobre y desterrada con esperanza de recobrar la libertad: amonestóles Don Pelayo que con grande ánimo entrasen en aquella demanda antes que el señorío de los moros, con la tardanza, de todo punto se arraigase. «Conviene, les dijo, usar de presteza y de valor para que los que tenemos la justicia de nuestra parte sobrepujemos á los contrarios con el esfuerzo. Cada una de las ciudades tiene una pequeña guarnición de moros: los moradores y ciudadanos son nuestros, y todos los hombres valientes de España desean emplearse en nuestra ayuda. Entretengamos á los enemigos un poco, y con corazones atrevidos avivemos la esperanza de recobrar la libertad, y la engendremos en el ánimo de nuestros hermanos. El ejército de los enemigos derramado por muchas partes y la fuerza de su campo está embarazada en Francia; acudamos, pues, con esfuerzo y corazon, que esta es buena ocasión para pelear por la antigua gloria de la guerra, por los altares y religion, por los hijos, mujeres y aliados que están sufriendo una indigna servidumbre.

A. H. M.
DAIMIEL

M. H. A.
DAIMIEL